

FRANCISCO BRINES, *Aún no*, epílogo de Juan Carlos Abril, Madrid, Bartleby Editores, 2012, 92 págs.

La colección “Lecturas 21” de Bartleby Editores –sello que en pocos años ha adquirido considerable proyección y prestigio–, incluye poemarios de autores como Antonio Gamoneda, José Manuel Caballero Bonald o Diego Jesús Jiménez, seguidos de las acertadamente llamadas “Lecturas” de autores como Pérez Azaústre, Julieta Valero o Carlos Pardo. En ocasiones las editoriales incurren en descortesías intelectuales al presentar prólogos, epílogos, proemios, etc., que no son más que comentarios difusos e imprecisos que nada aportan a la obra. Resulta, pues, notoriamente adecuado este título que Bartleby otorga a su colección, pues no compromete críticamente al responsable de los textos ni, al contrario de lo que suele suceder, tampoco promete más de lo que ofrece. En este caso, además, el texto ofrece mucho más de lo que anuncia, pues un Epílogo o “Ensayo de un epílogo” de Juan Carlos Abril siempre merece una lectura atenta. La formación como poeta y crítico de Abril le permite construir un texto de profundidad crítica pero amena lectura. Sin obviar los elementos de la construcción formal del poemario, Abril incide en los valores profundos del texto, su sustrato idealista, su condición metafísica siempre asida a la experiencia vital del poeta; asimismo refiere la aprehensión de la razón kantiana y aspectos de Mallarmé, y cita las ideas centrales de algunos de los más relevantes estudios de la obra de Brines, como los textos de Andújar Almansa y Gómez Toré. Todo ello inserto en un comentario de estilo elevado y a la vez divulgativo, según se espera de una edición de esta naturaleza. Es grato reseñar la nueva edición de un poemario de la altura de *Aún no*, sin tener que pasar de puntillas por encima del osado comentario de algún colega. El texto de Abril resulta profundamente esclarecedor y enriquecerá notablemente la visión del lector.

En ocasiones, la forzada homogeneidad que la crítica da a una generación permite observar más claramente cómo algunos miembros de la misma se desmarcan notablemente; una idea esta que debe subrayarse antes de reseñar cualquier obra del poeta valenciano. Francisco Brines pertenece a la llamada Generación de los 50, si bien, salvo en poemas concretos, no es la suya una poesía social. Una gran confluencia de referencias griegas, romanas y de anticipada raigambre culturalista vertebró *Aún no* (1971): abundan las referencias a ubicaciones del Peloponeso –Corinto, Queronea...– la “Estela griega”,

Corfú; se incluyen alusiones al mundo itálico y romano –Antinoos, Tulio, Brindisi– y a la cultura alemana –María Amelia y su pabellón de caza rococó–. Resultan notables los momentos satíricos que incluye el poemario –“Lastimoso enamorado”, “Reflexiones sobre un incidente”, “Poeta póstumo”, etc.–; sobresale alguna nomenclatura de cuidado sesgo cultural: Alocución, Madrigal, etc. *Aún no* reúne una importante número de referentes culturales que nos recuerdan que la poesía de Brines no sólo enlazó perfectamente con la de los Novísimos (lo que claramente se observó en la inicial importancia que le otorgaron poetas afines al grupo, como Jaime Siles y Luis Antonio de Villena, y tampoco creemos casual la dedicatoria de “Vidas Paralelas” a Guillermo Carnero), sino que además, de alguna forma, el autor funciona implícitamente como enlace con la Generación del 27. Es ya sabida la estrecha relación temática y formal que existe entre la poesía de Brines y la de Luis Cernuda. No obstante, no se pretende aquí más que señalar una mera relación intergeneracional que resulta evidente.

En lo que se refiere al conjunto del poemario, existe un referente dentro de la historia del pensamiento occidental que articula sutilmente la polaridad filosófica y existencial de la obra: se trata del hedonismo racionalista de Epicuro, de cuyo Atomismo además se incluyen alusiones (p. 21), también de la exaltación del Azar como desencadenante de la vida, como condición previa a la Libertad, y, en clara oposición al Destino, fundamentos imprescindibles del Epicureísmo (p. 28 *et passim*). De otro lado refiere al sacerdote, filósofo, astrónomo y matemático Pierre Gassendi, erudito francés del siglo XVII, célebre por pretender conciliar el Atomismo de Epicuro con la filosofía cristiana. (Es de recordar la excelente traducción parcial que Ángel Luis Prieto de Paula realiza de la obra de Lucrecio, *De rerum natura*, texto a través del cual nos llegó el Epicureísmo. [*De la naturaleza*, Aguaclara, 1992]).

Como acertadamente señala en su Epílogo Juan Carlos Abril, es este un poemario que oscila entre el pesimismo y el optimismo, e igualmente subrayamos la decantación hacia el lado positivo de esta polaridad. La exaltación del erotismo como elevada forma del Eros domina el discurso que del autor subyace en la obra, un Eros en su manifestación más carnal, que se enfrenta y, si no supera, sí palia la inminencia de Tánatos.

Del mismo modo, conviene subrayar el rigor formal del texto, en donde abundan las composiciones íntegramente construidas en

alejandrinos, octosílabos, y endecasílabos especialmente; mas sobre todo poemas compuestos mediante versos aparentemente libres, en donde hallamos una cuidadosa alternancia de metros clásicos que se suceden proporcionando una exquisita prosodia. La contenida, pero apreciable, musicalidad del texto sobresale en este como en otros libros de Brines.

La principal figura retórica es sin duda la antítesis, que del mismo modo funciona al servicio del eje temático en torno al cual se asocian las metáforas de la vida, de un lado, y las de la decrepitud y la muerte, de otro lado. Esa oposición entre exaltación vital, gozo de existir y erotismo, frente al latigazo del miedo ante la muerte, es uno de los *topos* fundacionales en el corpus poético del autor. Así pues, numerosos oxímoros y antítesis aparecen a lo largo de todo el poemario, incluso dan comienzo a la obra con los versos “Con un punzón de sombra y nada / grabaron en mi corazón / la palabra de fuego: vida”. Pero son muchos los ejemplos: “la carne y el alma”, “fuego o frío”, “rugosa o tersa”, “dolor o alegría”, “opacidad [...] luz”, “hálito mortal: éramos vivos”, “vicio [...] virtud”, “viciosa [...] piedad / bondad [...] costumbres licenciosas”, “bueno o malo”, “la herrumbre de los cuerpos aún vivos / y las sombras ya huecas de los muertos” (p. 23). Se observa, de este modo, cómo las oposiciones semánticas en construcción antitética articulan el poemario a través de ejemplos como los aquí destacados.

Francisco Brines escribe *Aún no* al final de la treintena, y cuando el texto aparece publicado aún no ha cumplido los 40 años; no obstante sorprende la seca dureza de su visión, más propia de un texto de senectud o despedida poética. Son constantes las referencias al deterioro físico y la muerte: “la carne, mi floja compañera”, “envejecidos ojos”, “la sombra golpea”, “roncos estertores”, “regresas cadáver”, “vejez y desengaño”, “mi cuerpo vacío”, etc. Pero es clara la decantación hacia la visión optimista de la vida, pues, a pesar del dolor por el “derrumbe sucesivo y constante de la carne”, son abundantes las invocaciones al lector para que goce de sus dones: “En brevedad ancianará tu cuerpo, / y pues vives por él, aunque precario / cultiva el vicio, y nunca lo abandones” (p. 38), “mendiga eternidad para la carne” (p. 21), “la vida le desborda / hasta negar la muerte miserable” (p. 23). Por muy notables que sean los poemas que advierten de la inminencia de la muerte –magnífico e impactante es “Alocución pagana” (p. 27), probablemente uno de los mejores

poemas de Brines–, sin embargo, el *carpe diem* erótico se sobrepone y supera al *topos* del *tempus fugit*.

Resulta esclarecedor el poema final, “Cuando yo aún soy la vida”, que notoriamente incluye la tesis principal del poemario: “¿Cuál será la esperanza? Vivir aún; / y amar, mientras se agota el corazón”. Nos quedamos con esa declaración final de apuesta por la vida, y con la satisfacción de tener entre las manos una edición divulgativa excelente de uno de los mejores poemarios de Francisco Brines, un texto destacado dentro de su trayectoria y de la evolución de la poesía del último cuarto del siglo XX.

IDOIA ARBILLAGA
Doctora en Teoría de la Literatura